

BERLIN Y LA LINEA ODER-NEISSE

LA firma del tratado entre Alemania Federal —Willy Brandt— y Polonia —Ciriakiewicz—, celebrada en Varsovia el lunes 7, se presenta como un saldo en la cuenta de la Historia y, simultáneamente, como el principio de algo nuevo, de una posible reconciliación de Europa, para la cual el anterior tratado germano-soviético fue la piedra inaugural. De alguna manera, Willy Brandt ha conseguido un curioso efecto de propaganda germánica con este acto, presentado como un alarde de generosidad, de sacrificio y de concesiones por parte de su país, en aras de la seguridad europea y del olvido de la guerra mundial. Incluso las protestas de la oposición democrática y neonazi contra el tratado —tan dramáticas, tan espectaculares— sirven a ese propósito y a la extensión de la idea. Por otra parte, el viaje del Jefe del Estado, Presidente Heinemann, a Berlín Oeste sirve para marcar un contrapunto y señalar los límites de la llamada concesión. En todo esto se oscurece y se desdeña la capacidad polaca para el olvido y la neutralización de la Historia. Leyendo las informaciones y los comentarios a este acto se tendría la impresión de que la Alemania nazi fue una víctima de Polonia en la segunda guerra mundial, y no a la inversa.

LOS hechos históricos, relatados muy brevemente, fueron éstos: el 1 de septiembre de 1939, la Alemania de Hitler se anexionó la ciudad de Dantzig y su «corredor», que era la única salida de Polonia al mar; el 3 de septiembre, las democracias occidentales declaraban la guerra a Alemania como respuesta; el 17 de septiembre, Alemania ocupaba Polonia Oriental, y el 23, Varsovia y la totalidad del país, y lo dividieron a lo largo de la llamada «Línea Curzon» mediante la entrega de una parte a la URSS —en virtud de los acuerdos germano-soviéticos— y la anexión de otra parte a Alemania. La ocupación de Polonia por los nazis fue un alarde de crueldad. Varsovia fue destruida en tres semanas de bombardeo aéreo. La mitad de sus habitantes fue asesinada —había 1.289.000 en 1939, 476.538 en 1946— y fueron asesinados tres millones de los tres millones y medio de ciudadanos judíos de Polonia. Pueden albergarse escasas dudas de que si Alemania hubiese ganado la guerra, Polonia hubiera dejado de existir como nación, y los polacos que no hubiesen sabido asimilarse a Alemania hubiesen sido eliminados.

PERO Alemania perdió la guerra y Polonia se extendió sobre un territorio considerado como alemán: una franja del Sur de la Prusia Oriental, Pomerania, Silesia. Las fronteras entre Alemania y Polonia se situaron en la línea de los ríos Oder y Neisse. Esta frontera había sido fijada durante la guerra —en 1943— por los «cuatro grandes»; más tarde, en Potsdam, cuando se realizó el reparto de Europa, se determinó simplemente que la cuestión de las fronteras entre Alemania y Polonia sería resuelta definitivamente por medio del tratado de paz con Alemania, tratado que, como se sabe, no se ha firmado aún, veinticinco años después de la derrota nazi.

LA línea Oder-Neisse no fue establecida arbitrariamente. Se basaba en unos datos históricos. El mundo germánico había estado siempre —se decía— situado más allá de esa línea; sus avances más allá de ella habían sido fruto de unas primeras acciones imperiales, y su población germánica había sido fomentada por medios de «colonización». La extensión de Polonia se consideraba, al mismo tiempo, como una recuperación histórica y como una indemnización por los daños causados por Alemania en su territorio. Los alemanes residentes en aquellas zonas emigraron y fueron a establecerse en Alemania Occidental, formando parte del gran tropel de refugiados —los otros procedían de Alemania del Este o de las zonas ocupadas por la URSS— sobre los que pesaron, principalmente en la posguerra, las consecuencias de la derrota. Esta gran masa de refugiados amargos, reivindicativos, resentidos, fueron a dar parte de su carácter político a lo que sería después la República Federal. Solamente los desplazados de las provincias de más allá del Oder-Neisse for-



“La ocupación de Polonia por los nazis fue un alarde de crueldad. Varsovia fue destruida en tres semanas de bombardeo aéreo. La mitad de sus habitantes fue asesinada...”. En la foto, el monumento a las víctimas del campo de concentración de Auschwitz, erigido en Oswiecim (Polonia).

maron una cuarta parte del censo electoral. Es innecesario señalar que estas masas de refugiados sustentaron principalmente a los partidos conservadores —y al neonazi—, que presentaban como base de su programa la recuperación de las antiguas fronteras hitlerianas. Ello coincidía con los designios de Estados Unidos para la guerra fría, aunque no con los de Francia, que ha mantenido siempre —sobre todo en los dos periodos gubernamentales del general De Gaulle— la permanencia de la línea Oder-Neisse.

MIENTRAS tanto, Polonia continuó actuando como si la línea fronteriza fuese definitiva. Repobló las zonas evacuadas por los alemanes —principalmente con familias de sus propios «desplazados», muchas de las cuales habían perdido sus hogares por la destrucción alemana, otras procedentes de las zonas anexionadas por la URSS— y realizó un enorme esfuerzo económico sobre las tierras recuperadas. En 1950 firmó un acuerdo con la República Democrática de Alemania, en el cual la línea Oder-Neisse aparecía como permanente, acuerdo que no fue reconocido por la República Federal, por los Estados Unidos ni por Gran Bretaña; lo mismo sucedió con un nuevo acuerdo entre los dos países y con el tratado polaco-soviético de 1965, donde de nuevo se refería la frontera polaca como situada en la línea de los dos ríos. Los términos generales de la negativa de Estados Unidos se basaban en que en las decisiones interaliadas la frontera entre Polonia y Alemania sólo serían definitivas tras el tratado de paz con una Alemania unificada, y se apoyaban en el derecho a la autodeterminación de las poblaciones: habría que celebrar un «referéndum» en las zonas afectadas sobre su deseo de pertenecer a Polonia o a Alemania, y para que ese «referéndum» fuese auténtico se requería que regresaran los alemanes desplazados y que se fueran los repobladores polacos. Operación a todas luces imposible.

EL acuerdo entre la RFA y Polonia firmado el lunes salda ese tema —aun en unos términos moderados, prudentes—; lo que se presenta como sacrificio alemán es simplemente la aceptación de algunas de las condiciones de su derrota de hace veinticinco años y el pago mínimo de los terribles destrozos causados al indefenso país vecino, mientras Polonia acepta olvidar así aquellos mismos destrozos (no unánimemente: parece que ni las comunidades judías ni las jerarquías católicas han querido sumarse a los actos de reconciliación; consideran ésta como realista y necesaria, pero su celebración les parece impúdica, como a los miembros de la oposición alemana, que tampoco han querido aceptar la invitación de Brandt para asistir al banquete de Varsovia).

SI este tema de la guerra fría parece ahora eliminado, quedan aún los suficientes como para que se agarren a ellos los que tratan de sostener la tensión. La reunión de la OTAN en Bruselas se presenta ahora como una resurrección del «espíritu de fuerza», basada en el viejo adagio de guerra fría de «negociar desde la fuerza» (cuando emplea uno el sistema, es una «excelente muestra de realismo»; cuando lo emplea el adversario, es «claro exponente de su falta de sinceridad y de voluntad negociadora»). Hace su mayor hincapié en resolver el otro tema, el de la «cuestión de Berlín». La cuestión de Berlín debe comenzar a discutirse en la misma ciudad disputada este jueves, 10 de diciembre, entre los «cuatro grandes» de aquella guerra mal saldada. Los pronósticos que se hacen en el mundo son los de que hay posibilidades de que salga algún acuerdo, centrado más bien en la forma de tratar el problema —facilidades de tráfico, relaciones más suaves entre la Alemania Democrática y el Berlín-Oeste— que en el fondo. La «firmeza» de la OTAN podría ser, si esto se confirmase, una astuta forma de adelantarse a los acontecimientos y atribuir el compromiso a su firmeza y no precisamente a todo lo contrario: al abandono por parte de Alemania Federal —y, por tanto, de los Estados Unidos— de su rigidez de la «guerra fría».